



Capítulo 33:
"Levantando el vuelo"

En la inmensidad del universo, y a pesar de la inconmensurable cantidad de estrellas, todas están separadas por distancias tan largas que resultan difíciles de calcular. Por lo tanto, que dos estrellas se crucen en su camino es un evento extremadamente raro, con la peculiaridad de que, si están lo suficientemente cerca, ambos trayectos se ven modificados para siempre.

Algo parecido ocurre con las personas, estrellas que se encuentran con otras estrellas, a veces pasan de largo sin saludarse siquiera, pero otras veces influyen tanto en el destino de la otra, que para entender el camino de una es necesario conocer también el camino que ha seguido la otra estrella.

Por ello, por un momento, vamos a desviar nuestra atención de la estrella roja que hemos estado siguiendo, y vamos a centrarnos en otra, aunque ninguna de las dos sabe que sus caminos se cruzarán en un futuro.

— Centro de Investigación y Desarrollo de Sanolca, Planeta Usbezek —

En la ajetreada ciudad de Sanolca, una de las mayores capitales de su planeta, se movía una parte importante de su potencial en la ciencia. Aunque la ciudad de Metrópolis, en el país de Avalar, había sido su principal rival hasta tiempos recientes, en el últimos años permanecían como el mayor estandarte de un sector cuyo poder decrecía por momentos.

Desde el quinto piso de un portentoso rascacielos, la cabeza del CIDS, una especie de lagarto humanoide de piel grisácea bien entrado en la edad adulta, con un cuerno en la nariz, observaba cómo enfrente se construía una nueva tienda de talismanes y demás reliquias, donde antes había un hospital.

— Así que se podría decir que tengo a mis espaldas a la mayor promesa del panorama científico de nuestros días... quién lo diría... — con las manos entrelazadas por detrás, se giró para ver a su entrevistado.

Él también era de la misma especie, pero de piel azulada, vestía con estilo, y tenía un aspecto pulcro.

— Le aseguro que no se arrepentirá si apuesta por mí. Tengo muchas ideas que podrían-

— Lo sé, lo sé — el jefe hizo un gesto con una mano, dando a entender que era suficiente —. No dudo de su habilidad, de hecho viene con un currículum que da gusto de ver. Además, los Rhynocs seguimos algo estigmatizados en la sociedad, tenemos que unirnos y demostrar que somos capaces de hacer que el mundo marche en la dirección correcta. Pero tengo otras entrevistas pendientes, le llamaré si consigue el puesto, personalmente.

Tras ponerse en pie, ambos se dieron la mano con cercanía, y el entrevistado salió por la puerta convencido de que pronto tendría que elegir su puesto en aquella empresa.

— Ah, dígle al siguiente que pase.

Aprovechó para servirse un vaso de agua y echarse una aspirina. Dirigir todo aquello empezaba a pasarle factura. Entonces oyó al siguiente entrevistado abrir la puerta, intentar cerrarla y dar un aullido de dolor.

— ¿Necesita ayuda?

— ¡NO! ¡NO MIRE TODAVÍA!

El reptil se quedó parado con la aspirina diluyéndose en el vaso, esperando una señal. Sonaba como si el pobre se hubiera atascado al entrar en la oficina.

— ¡Ya, ya puede darse la vuelta!

Al mirar a su espalda con cara de total confusión, vio a un humano alto y rubio, con gafas, barba de tres días, vaqueros y una camiseta verde. Todo más bien normal, con la peculiaridad de que dos enormes alas de dragón naranjas y azules le salían de la espalda. Saludaba tímidamente, como si no hubiera pasado nada raro.



— ¿Y usted es...? — dijo el Rhynoc, levantando una ceja.

— ¡Soy su hombre, señor...! Señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

— No lo dije. Esperaba que se presentara usted.

— ¡AH, CLARO! Qué tontería, ¿no? Soy... — al estirar el brazo hacia él, estiró también un ala sin querer, y se aclaró la garganta —. Soy... Joaquín Dragonil. Venía a buscar un hueco en Desarrollo e Investigación, por eso de que tienen una vacante...

— Sí... por eso... buscamos... nuevos empleados ¿Se encuentra bien?

— ¡No, no, no! No estoy nervioso, ¡se lo aseguro! Yo vengo así de serie, no una serie de verdad, sino, ya sabe... Es una expresión. Ya... lo estoy haciendo otra vez, ¿verdad? Me estoy yendo por las ramas.

El jefe de la empresa miró su bote de aspirinas, y consideró usar otra medicación, pues le parecía que estaba alucinando. Pero por más que tomaba asiento y parpadeaba, el muchacho con alas de dragón seguía allí, esperando que dijera algo antes de que le diera un patatús.

— Veamos... ¿Tiene facilidad de transporte?

— ¡Claro! Vivo en la ciudad, así que voy y vengo en autobús.

— En autobús.

— Sí, en autobús... ah bueno, podría usar mis alas, pero la pereza... ¡OH! Pero eso no significa que sea perezoso en el trabajo, ¿eh?

— Ya. Aquí en su currículum dice que habla idiomas y tiene un título en Ingeniería Cuántica...

— ¡Sí! Hablo castellano, inglés y sapeñés — Joaquín se echó hacia atrás en la silla —. En Ingeniería Cuántica tuve la tercera mejor nota de... mi grupo. Éramos diez personas. Pero no estamos aquí para hablar de números... una cosiña, ¿cuánto cobraría, así por encima?

Al Rhynoc le estaba saliendo un tic en la ceja izquierda. No sabía si reír o llorar.

— Ya le llamaremos.

— ¿C-CÓMO? ¿YA ESTÁ? — El dragonil cayó de espaldas de la sorpresa —. Vaya, la silla no es lo mío...

— Bueno, no tiene experiencia laboral...

— ¡Aún! — dijo el entrevistado agarrándose a la mesa —. ¡Podría ser mi primer trabajo! ¡Estoy fresco, recién salido del curso! ¡Lo tengo todo aquí en mi cabeza!

— Gracias, señor Dragonil — el jefe abrió la puerta y se colocó a un lado intentando sonreír educadamente —. Contactaremos con usted en cuanto tengamos un hueco.

“Ni siquiera me ha dado su teléfono. Ni el nombre. No tienes experiencia porque no has trabajado, pero no te contrato porque no tienes experiencia.”

Así, con una nube de frustración sobre la cabeza, se dirigió a la estación de autobús.

— Un momento, ¿qué hora es? ¡Oh Dios mío, faltan cinco minutos para que salga!

Joaquín salió a correr a toda velocidad y vio que el autobús estaba justo saliendo de la estación.

— ¡¡¡ESPERE!!! ¡AQUÍ!

Los pasajeros se quedaron mirándolo de forma extraña. El conductor paró justo antes de entrar en una rotonda.

— Oye chico, a ver si llegamos a la hora, ¿eh?

— Lo siento, no pude correr más deprisa — se excusó, limpiándose el sudor.

— ¿Y las alas?

— Oh, claro... — El dragonil miró a su espalda. Jamás supo por qué le costaba tanto recordar que tenía alas. Estaba tan acostumbrado a convivir con otras especies que no las tenían, que ni siquiera pensaba en ellas. Avergonzado, se abrió paso hasta el único sitio libre, en la penúltima fila — Perdón, ups, lo siento, disculpe, que paso, por favor, gracias, perdón, dejen paso...

“Pff. Coger el autobús es lo que menos me apetece ahora. Lo que pegaría ahora sería teletransportarme directamente a casa.”

A medida que entraba en Sanolca, se fue fijando en lo que veía. En los últimos tiempos, cada vez había menos industria, al revés que en los planetas normales. Cada vez se veía más campo. Aunque la década anterior parecía que la tecnología estaba en un boom, para cuando llegó a secundaria la asignatura de Tecnología Industrial pasó a ser una optativa. Los requisitos para todo curso relacionado con la ciencia empezaron a subir, a medida que se reducían las plazas. En tres años, las clases pasaron a ser de unas 160 personas a sólo 30.

Todo lo relacionado con la magia, sin embargo, tenía un hueco cada vez más grande en el mercado y en la educación. Multinacional Ricachón era todo un éxito, mientras la fábrica de coches de las afueras había cerrado sin dar explicación. Se volvían a usar más los medios mágicos para el transporte, y la gente se lo tomaba como algo “de moda”, cuando lo cierto era que el planeta Usbezek se estaba estancando. Se encontraba mucho menos industrializado que sus vecinos, y era casualmente el que tenía más experiencia en el campo de la magia. Como si de repente la sociedad quisiera que sólo se explotara ese aspecto.

Sumido en estos pensamientos, Joaquín casi se pasó de parada. Se bajó y se dirigió a su apartamento, pensando en nada. Eso fue, claro, hasta que llegó al salón.

— Ya estoy... ¿Pero qué...? ¿Qué es esta leonera? ¡Me voy por la mañana a una entrevista de trabajo, y ni siquiera eres capaz de mantener el salón limpio durante ese tiempo!

Su compañero, un cruce entre humano y oso, se dio la vuelta desde el sofá.



— Hola, ¿eh? — respondió con toda tranquilidad, alzando un vaso con bebida en el aire.

— ¿Hola vas a decir...? Por lo menos podías no ensuciar, que ya tengo bastante con que no limpies.

— Es que necesitamos un equilibrio, tío, ¡es como la vida misma! Tú limpias y yo ensucio, jaja — el oso se levantó de su asiento y dejó el vaso en el suelo —. Ah, por cierto, mañana por la noche te vienes conmigo a la discoteca, he quedado con una que... madre mía.

— Esto es increíble. ¿Con qué dinero vas a ir?

— Con estas 75 gemas — Kunper parecía que las había sacado de la nada.

— Son más — cruzándose de brazos, Joaquín se adelantó a su respuesta mirándolo de reojo —. Y no me digas que “las ganaste en el casino”, que entraste con 100 gemas, y te las di yo.

— Luego te las devuelvo, ¿vale?

— ¿Cuándo? ¡Si ni siquiera tienes trabajo! ¡No haces ni el huevo!

— Espera un momento — el oso fue corriendo a responder el teléfono, tirando las gemas al sofá —. Anda, mira quién se digna a llamar, qué gracia tienes, salao, muy bonito cuando me dejaste emperrao en la Neon World, ¿eh? ¿Qué si pillé cacho? ¿Estás de guasa?

— Oye, ¿te importaría ser breve? — Joaquín recogió las gemas y las dejó en una repisa —. Creo que estábamos discutiendo.

— ¿Sabes que es de mala educación interrumpir una conversación por teléfono? — Kunper le riñó sin mirarle a la cara, y se centró de nuevo en el teléfono —. No, le hablaba al pesao de mi compi de piso, encima se queja, el mes pasado tuve que pagar el alquiler por él, ¿te lo puedes creer? ¡Será desagradecido el nota...!

— Esto... em... vete a tomar por saco. Me voy al cuarto.

Después de quedarse a gusto con un buen portazo, Joaquín hizo repaso de lo que tenía. Su vida era todo el rato lo mismo, aguantar a un compañero de piso gorrón, hacerlo todo él solo, pagarle todas sus tonterías... y mientras, el dinero restante de la beca, que había conseguido mantener durante la carrera aprobando, ahorrando como el peor de los tacaños, se agotaría tarde o temprano.

Esa noche no pudo dormir bien. Entre los ronquidos de su compañero, el poco espacio en la cama y el runrún de su cabeza, no había nada que pudiera contra su insomnio. A las cinco de la mañana sus párpados cayeron por su propio peso, para luego abrirse a las nueve al ritmo de música hardcore. El dragonil apareció en el salón con cara de zombi y unas ojeras del tamaño de dos ciruelas. Kunper tardó en darse cuenta de que estaba allí, pues estaba bailando mientras limpiaba el polvo de su equipo de música, lo único que limpiaba.

— Ah, buenos días.

— “Ah, buenos días.” ¿A ti te parece que tengo cara de buenos días?

— Ah, no hay leche. Ni huevos — dijo, pasándole a Joaquín la lista de la compra —. ¡No sabes con qué hambre me he levantado, macho!

— ¿Me estás diciendo que me has dejado sin desayuno?

— Ve a comprar, anda, ah, hacen falta pilas para el mando de la Play Bis — Kunper guardó las cosas de la limpieza y encendió el televisor — me da que se le van a acabar en unas dos semanas.

— Ohh, estupendo. Y por lo que veo estás viendo la tele. Me parece GENIIIAAAL.

— Ah, bien.

— Bueno, pues ya me dirás cómo me las apaño con la flojera en alto. No sé, a lo mejor te traigo algo de arsénico.

— Ah, bien.

— O neurotoxinas.

— Ah, bien.

— Y dos docenas de ácido clorhídrico de tamaño XXL.

— Ah, bien.

— Kunper, tío, te estoy hablando. Repíteme lo que estoy diciendo.

— Ah, bien.

— Tupendo. Mira, ¿sabes lo que voy a hacer? Me voy. Me voy todo este fin de semana a casa de mis padres, y tú te quedas solito, aquí a gustito, sin nadie que te moleste.

— Ah, bien.

Joaquín cogió “su parte” de los ahorros, sus cosas más necesarias, y se dispuso a marcharse.

— No es que te odie porque eres un imbécil, simplemente lo hago porque es imposible convivir contigo. Adiós.

— Ah, bien.

De la prisa, se cogió el ala izquierda con la puerta al intentar cerrarla, soltó un gemido, y cerró por segunda vez, con éxito. Pateó todos y cada uno de los escalones, descargando un poquito de rabia cada vez.

Esta vez el viaje en autobús no fue tan pesado. Poco a poco iba reconociendo el idílico paisaje de Jenoleras, su pueblo natal. Se bajó en la única parada, y desplegó las alas, contemplando los jardines de flores azuladas que le daban su nombre al lugar. Fue volando hasta la zona más alta, podría hacer el vuelo con los ojos cerrados, se lo sabía de memoria.

El pueblo tenía algo especial. Al ser más pequeño, uno tenía más presente el hecho de que cada persona tiene una historia que vivir, y eso a Joaquín le hacía sentirse bien por alguna razón. La gente de la ciudad le resultaba impersonal, distante, demasiado acostumbrada a ir deprisa.

Finalmente allí estaba su casa, casi igual que las otras de su calle, pero distinta al mismo tiempo. No había nadie fuera, así que su llegada sería una sorpresa en toda regla.

Se puso frente a la puerta, con ansias de ver cómo estaban, normalmente no era algo espectacular, pero esta vez lo necesitaba. Llamó... nada. Llamó otra vez.

— ¿Hola? ¿No hay nadie?

— ¡ABRE LA PUERTA, PISHA! — gritó una voz desde dentro.

Joaquín nunca recordaba que tenía una copia de la llave.

— Hola holaaa... — dijo, asomándose poco a poco.

— ¡Hombre, si está aquí el sanolqueño! — le dijo su padre, abrazándole y pegándole unas palmadas tremendas en la espalda. Era bastante más bajito, de pelo corto y castaño, con algunas canas, y alas naranja y verde —. Jajajaja, anda, ¡que ya con el tiempo que llevas, parece que eres de allí!

— Sí, papá, siempre me dices lo mismo...

— Estás delgado. ¿Comes bien? No me digas que todavía no has mandao a tu compañero a...

— Esa es la cosa, que estoy harto de él...

— Y qué, ¿encontraste trabajo en Sanolca?

— Bueno, pues verás...

Alguien más entró en escena.

— ¡Hoolaaa! ¡Oye, qué guapo estás! Qué, ¿cómo va todo por la capital? — dijo su madre, sin dejar de abrazarlo también. Ella tenía el pelo negro bastante largo, era casi tan alta como Joaquín, y su alas eran finas y azules.

— Jeje, pues ya sabes, más o menos lo mismo... y no, no he encontrado trabajo, me piden experiencia pero yo...

— ¡Pero no estamos aquí para hablar de trabajo! ¿Verdad? — Ella miró al padre.

— ¿Qué? ¿Yo le he dicho algo? — replicó él a la defensiva, metiéndose las manos en los bolsillos.

— Pues mira, justo habíamos comprado churros — la madre de Joaquín dejó una mano sobre su hombro —. ¿Te quedas a desayunar?

Joaquín se dio cuenta de que al final no había desayunado.

— Eso venía a contaros, que vengo para quedarme el fin de semana. No sé, necesito arreglarme la cabeza un poco, quiero trabajar, pero no encuentro nada.

— Ah, pues... siempre puedes quedarte una temporadita. — Tan entregada como siempre, su madre empezó a quitarle los trastos que llevaba para dejarlos a un lado —. No nos cuesta nada, en serio...

— Ni hablar, tengo que independizarme, y lo sabéis. Prefiero buscarme un trabajo fuera a que tengáis que ajustaros más el cinturón. Hace tiempo que debería haber hecho mi propia vida.

— Bueno, bueno, pero primero vamos a desayunar, ¡que al paso que vas te quedarás en los huesos! — Ella le daba suaves empujoncitos en la espalda —. Anda, ponte cómodo, que estás en tu casa.

Salir por una vez de la rutina le animó para, al día siguiente, hacer un poco de senderismo con su familia. Su hermana mayor se les unió, ya que era su día libre. Su pelo era castaño como el de su padre, con dos trenzas que le recorrían parte de la espalda, y alas que tenían el azul de una y el verde del otro.

En el camino hablaron de todo lo que había ido ocurriendo hasta entonces, y Joaquín no dejaba de sorprenderse por todo lo que se había perdido.

— Entonces, ¿mantenemos el correo de siempre? Qué raro, parecía que todo lo moderno iba a desaparecer. Pensaba que usaríamos magia Tulu para enviar las cosas otra vez. Menos mal que algo se queda, y no tenemos que depender de la magia para todo. — Joaquín intentaba sacar el tema a la conversación —. Con lo fácil que es hacerlo por ordenador... ¿eh, Helena?

— Bueno, no te creas — respondió su hermana —. Cuando te toca un cliente de estos anticuados que “no se fían de las máquinas”, es insoportable. Ayer nos llevamos media hora para hacer un envío internacional porque el tío que nos había tocado era un chamán de esos, un frikazo vamos. De esos que se pintan el cuerpo como si fuesen esqueletos... ¡Daba un mal rollo...!

— Pero ¿os habéis dado cuenta? Los ordenadores, por ejemplo. Aquí casi ni se usan. Y tenemos material y personal de sobra para fabricarlos. — Joaquín lo volvió a intentar — Además cada vez hay menos canales de televisión, sobre todo locales...

— Huy, sí, hace poco quitaron uno con una telenovela que ¡estaba todo el mundo enganchado! — Mamá se empeñaba en cambiar de tema —. A mí no me hacía mucha gracia, pero no veas, ¡aquello era la comidilla de la plaza del centro! Si tú lo vieras... todas hablando de lo mismo.

— Vosotros dos, a ver si vais más rapidito, ¿eh? — Papá estaba inagotable, haciendo *footing* en el sitio —. ¡Que hablando no se atraviesa la montaña!

— Yo no sé qué le pasa a tu padre cuando le da por el senderismo, hace dos horas no se quería levantar de la cama, y ahora... — la madre meneó la cabeza, suspirando —. En fin, ¿y qué vas a hacer mañana cuando vuelvas a Sanolca?

— No tengo ni idea. Supongo que seguiré buscando trabajo de otra cosa...

— ¿Por qué no das clases de idiomas? Se te dan muy bien, y no toda la gente conoce el sapeñés. ¿No te gustaría traducir textos antiguos?

— Buen intento, profesora de Historia... — a Joaquín le daba la sensación de que su madre nunca entendió que le saliera un hijo de Ciencias —. Además la gente no está interesada, y menos ahora.

— Habrá que buscar algo entonces, ¿no querrás quedarte parado? — se sumó Helena —. Podrías pasarte por la oficina, a lo mejor puedo conseguirte un puesto.

— No soy el único, ¿vale? — el dragonil se agarró un brazo, mirando a un lado —. Un montón de gente está como yo. Yo no tengo la culpa de que en este mundo no se valore la tecnología. No es justo.

— Bueno, ¿y qué pretendes? ¿Todavía piensas... en viajar a otro planetas? ¿Como de pequeño?

— No sé mamá, sólo es una posibilidad... de hecho, hace poco me saqué el carnet de nave espacial. Ayer se lo conté a papá.

— ¡Pero si no podemos comprar una! Hay que ver, en eso eres igual que tu padre... decides las cosas de repente, lanzándote de cara, sin pensarlo.

— Ay, pero déjalo — su hermana comenzó a reír —. ¿No ves que es un científico loco?

— Heh, pues no lo descarto. Yo no voy a hacer lo que todo el mundo, coger la vía fácil, dedicarse a la magia y eso. Además, es que yo no valgo.

Joaquín no lo decía por decir. Desde pequeño, en el colegio casi todos sus amigos eran capaces de hacer algo con magia. Por ser mitad dragón cabía la posibilidad de que pudiera manejar algún elemento, pero Joaquín sólo volaba. En todo lo demás era completamente humano. Esto era motivo de burlas por parte de sus compañeros, lo que le causó un pequeño trauma que realmente no había terminado de superar. Decidió optar por la ciencia, quería encontrar una respuesta a lo que ocurría a su alrededor.

Para viajar a lugares muy lejanos, en algunos países como Avalar eran muy populares los portales, puertas mágicas que transportaban a quien las cruzara a otro lugar del planeta. Pero eran muy difíciles de construir y sólo funcionaban bien cerca del reino de los dragones o en sus antípodas, los reinos olvidados. Esto le fascinaba y su sueño era poder descubrir una forma de hacerlos más cercanos a los demás, algo que ayudaría a que todos estuvieran en contacto de manera más fácil y rápida.

Por la noche, antes de cenar, salió al jardín a mirar las estrellas, pensando hacia dónde podría ir para encontrar un futuro. Papá salió, y se llevó un tiempo mirándolo.

— ¿Todavía estás dándole vueltas a eso de ir fuera?

— Mi mundo no tiene porqué ser el atrasado — dijo Joaquín —. Tengo que hacer algo, necesito trabajar en esto. No puedo llevarme años ilusionándome para que luego me den el portazo en la cara. No me da la gana.

— ¿Pero por qué arriesgas tanto? Sabes que los tiempos no están bien, podrías esperar...

— ¿iEsperar a qué!? ¿A que mi hogar se estanque del todo en el pasado? Papá, es que me duele ver cómo nos convertimos poco a poco en unos apestados. ¡El mundo avanza y nosotros no hacemos nada! Ojalá fuera sólo un capricho, ojalá fuera una tontería de un adolescente como seguramente pensáis, pero... necesito saber que hago algo útil. He trabajado mucho para llegar hasta aquí, para poder llegar a algo en la vida, ¿y ahora me tengo que conformar con lo primero que me venga por delante? ¡No es justo! No es justo para mí... y no es justo para vosotros. No es justo para nadie.

— Tampoco es justo que te aventuras hacia el espacio sólo para buscarte la vida. Lo que tengas que hacer, Joaquín, hazlo por ti. ¿De verdad quieres ir al espacio, o sólo crees que lo necesitas?

Se hizo el silencio por un momento. Finalmente, Joaquín respondió sin terminar de girarse hacia atrás para mirarle. No quería que viera que estaba llorando.

— Creo... creo que son las dos cosas. Lo necesito, y lo quiero. Quiero y necesito creer que es posible salir de este agujero en el que estamos. ¿Nunca has tenido un sueño?

— Sí... y ahora mismo no estoy muy seguro de si se cumplió o no.

Joaquín no sabía si debía haber oído eso. Fingió que no pasaba nada, secándose las lágrimas, y volvió a mirar arriba, tendido sobre la hierba.

— A lo mejor tardo en ir para cenar.

— Vale, pero ten cuidado, no te vayas a resfriar. Esta noche hay relente.

El puchero y el olor a leña le sentaron tan bien que pudo dormir perfectamente. Sin embargo, estaba seguro de que el día siguiente lo devolvería a su rutina. Su padre lo despertó, algo inquieto.

— ¡Psst! ¡Joaquín! ¡Despierta!

— ¿Qué quieres, papá...? Son las siete menos cuarto... — balbuceó, confundiendo las manecillas del despertador.

— ¡No, son las diez menos veinticinco! ¡Levanta, dormilón! ¡Tengo que enseñarte algo!

Joaquín andaba medio dormido por los pasillos mediante repetitivos empujones por parte de su padre. Daba traspiés constantemente, y no pudo ni ponerse las zapatillas.

— ¡Esto es ridículo! ¿Qué quieres enseñarme?

— Ya casi estamos... — entonces abrió la puerta, y se apartó para que viera el exterior —. ¡Tachán!

— ¿Quieres llevarme a ver el amanecer? Bueno, es bonito pero ¡OH DIOS MÍO DE MI VIDA!

En el jardín había una pedazo de nave color azul metalizado. Muchos habrían dicho que el estilo era propio de hace una o dos décadas, pero las líneas ágiles y limpias de su diseño eran algo atemporal, que realmente nunca pasaba de moda.

— ¡Pero papá, es... es TU NAVE! ¡ES LYOKO! — Joaquín le pasaba las manos por todas partes, asombrado —. ¡Creía que decías que la tiraste porque era chatarra!

— Pues no señor, la guardé, y hace poco dije “Eh, ¿Por qué no le hacemos unos arreglillos sin que se entere mamá?” y aquí está. De hecho pensaba dártela cuando cumplieras los dieciocho, pero ya que estamos tan apuraos, pues hala.

— Perdona, pero yo lo sabía desde el principio — Mamá apareció por la puerta —. Sólo esperaba que me lo contases...

— Pero... pero... ¡no puede ser! ¿Es... para mí? — el pobre dragonil no podía apenas respirar al hablar, de la sorpresa — Pero... ¿Cómo?

— Tu padre se dedicó a ahorrar dinero poco a poco el muy pillín — explicó su madre dando toques al mencionado en la espalda —. Luego la puso en manos de Manolo y su hijo.

— Además, me ha salido a mitad de precio — el padre puso una pose, haciéndose el interesante.

— ¡Waaaah, es increíble, increíble! ¡Si tiene todo equipado! Papá, esto es... yo... eh... GRACIAS. De verdad, gracias, eres un máquina.

— De nada hombre, de nada.

Después de un agitado desayuno aún flipando y sin poder creerlo, llegó la hora de recoger y volver a Sanolca. Al salir, la madre de Joaquín se le acercó con un periódico en la mano.

— Mira, ¿Por qué no pruebas en Upper Michigan? Dicen que allí esperan nuevos ingenieros como agua de mayo. En este sitio que se llama... Aperture...

— ¿A ver? Centro de Desarrollo de Aperture... Voy a probar... Ay, ¡qué nervios!

— Bueno, pues cuando quieras volver, recuerda que estamos aquí — su padre también quiso salir, pero se quedó enganchado en la puerta con las alas —. Maldita sea...

— Anda, trae, que sois tal para cual... — Helena le desenganchó el ala del marco de la puerta.

— Venga, hombre, haz tu vida, vuela, ¡sigue adelante! — prosiguió él —. Yo lo hice en mi momento... ya es hora de que lo hagas tú. Suerte, hijo. Y cuando vuelvas nos cuentas tus aventuras, ¿de acuerdo?

— Gracias. Muchas gracias, de verdad.

Tras la larga despedida, más simbólica que de costumbre, Joaquín volvió a Sanolca y se fundió la mitad de su dinero en provisiones antes de ir a su piso.

— Hola, buenos días, osito de peluche — el dragonil apareció en el salón con una gran sonrisa —. Necesito usar el teléfono. Un momento...

— ¡¡¡Joaquín!!! ¡Menos mal que has vuelto, porque te he estado esperando todo el maldito fin de semana!

Joaquín asintió con la cabeza, marcó un número, y esperó a que contestaran.

[¿Diga?]

— ¡Eii, Ale! Cuánto tiempo, ¿verdad?

[Ostras, ¿Joaquín? ¿Todavía tienes mi número? No nos vemos desde primaria... ¿Qué.. qué querías?]

— Mira, es que si mal no recuerdo a ti te gustaba mucho el tema del espacio y tal. Eras familia del Fox McCloud ese, ¿no?

[Lo dices como si fuera un cualquiera... Pero sí, recuerdas bien. ¿Por qué?]

— ¿Por casualidad sabes si hace falta algo para trabajar en Upper Michigan? ¿Un pasaporte o algo? Por los ahorros no te preocupes, que yo me apaño con dos gemas de nada.

[Pues del pasaporte no deberías preocuparte, esas cosas no hace falta cambiarlas para vivir en otro planeta. Pero con las gemas no vas a hacer mucho... allí usan el dólar.]

— ¡Argh! ¿Esos papeles verdes con la cara de un humano pintada en medio? ¿Eso es DINERO?

Kunper, mientras tanto, hacía señales a Joaquín para que le hablara. Aprovechando que no le hacía caso, se acercó a recoger un larguísimo ticket de compra de Mercatulu. La mitad de los artículos eran zumos de varias clases, Dr Pepper, fideos instantáneos, dulces y patatas fritas. Y plátanos. Joaquín le quitó el ticket y se dio la vuelta, enredándose en el cable del teléfono mientras escuchaba a Ale.

[¿Qué te esperabas? Somos el único planeta que utiliza las gemas, para viajar a otro sitio primero hay que ir a la Nebulosa S93, allí hay una estación de cambio de moneda. Es un poquillo engorroso, pero ahí de paso puedes abrirte una cuenta para cobrar en dólares, o incluso en derhimes, que también te podría ser útil.]

— Ah, estupendo. ¡Gracias, adiós!

[Pero espera, ¿de verdad vas a trabajar en Upper Michigan?]

— ¡¡Allí o donde haga falta!! ¡Ahh, aaaaAAAA! — al decir eso quiso dar un paso al frente, y tropezó con el cable, aterrizando de cara en el sofá — Estoy bien.

[Cada vez la gente está más loca. Qué pena.]

Y Ale colgó. Kunper se agarró al sofá.

— ¡Oye, te estoy hablando! Qué, al final no viniste conmigo a la disco, nooo, tú tenías que hacer lo que te diera la gana, dejarme solo haciendo el ridículo asegurando que yo no me comiera ni una rosca...

— Claro, tú es que necesitas a alguien que haga el ridículo por ti o no ligas, no te fastidia — Poniendo el teléfono en su sitio, Joaquín fue a revisar su cuarto para llevarse el resto de sus cosas.

— Eso es un golpe bajo. ¡Y NO ME REHUYAS! ¡Esto es una discusión de compañero de piso a compañero de piso! — Kunper persiguió a Joaquín hasta el dormitorio, y vio que no paraba quieto de un lado para otro —. Para, para. ¿Qué haces, qué haces?

— Recoger mis cosas, recoger mis cosas. ¿Que no te enteras? ¡Que me voy a vivir a otro planeta!

— ¿Te vas? ¿Así? ¿Porque sí? ¿Sin más? ¿De repente? — el oso se pasó las zarpas por la cabeza —. Para el carro, amigo. Piensa. Hay otros países.

— ¿Por qué te iba a hacer caso? Tú no me has hecho caso desde que estamos en este piso.

— Pero no te vayas así, hombre, que tú pagas las facturas...

— Y hago la comida... — añadió Joaquín — y limpio la casa... ¿Y tú qué haces? Tienes diez segundos.

— ¿Yo? Em... yo a veces... bueno, cuido de mis cosas, y de vez en cuando, alguna que otra vez...

— ¡TIEMPO! Me voy. Me voy me voy me voy me voy me voy me voy — Joaquín abrió la puerta, pero Kunper lo cogió del hombro.

— No, si te parece, empiezo a trabajar, a apoquinar, y a tener... ugh... responsabilidades... No te vayas, tío, ¡que me voy a tener que ir con mi madre...!

— Ah, bien.

Y cerró la puerta.

Al poner las manos sobre los controles de su nave, que estaba siendo observada por varios transeúntes curiosos, sentía por primera vez que iba a tomar las riendas de su propia vida. El cielo se hacía sentir más grande al pensar en la inmensidad del mundo que estaba por descubrir.

— ¡Alimentando propulsores! ¡Iniciando sistema de triangulación! ¡Insertando coordenadas! ¡Activando estabilizadores de gravedad! ¡Hoy, el científico loco, Joaquín Dragonil, despegue a desafiar el mismísimo espacio! ¡ATRAVIESE EL CIELO, LYOKO!

El vehículo espacial comenzó a levitar sobre el parking de Mercatulu, y suavemente se puso en posición para ascender, antes de impulsarse hacia el horizonte. Los anónimos allí presentes vieron a la nave Lyoko levantarse en su rumbo hasta lo más alto del cielo, hasta perderse en el sol de mediodía.

Continuará...

Autor: Joaquín Garci – Jojogape.

Co-Autor: Fran López – Captain Soraking.

Dibujante: Migeru, Jojogape.

Compositor: Lautenor.